

EL SOCIALISMO Y LOS EJERCITOS

LA reunión de la Comisión de Defensa Nacional de las Cortes con el vicepresidente primero y ministro de Defensa y la Junta de Jefes de Estado Mayor, y por otra parte unas importantes declaraciones a los medios informativos del diputado socialista y presidente de dicha comisión, señor Múgica Herzog, ha provocado enorme interés tanto para el elogio prudente como para la crítica desatada, cual si pudiese ser un hecho en sí censurable que la comisión parlamentaria correspondiente conversase y cambiase impresiones con los dirigentes políticos y técnicos de la Defensa Nacional. Se ha llegado a hablar desde algún sector de «increíble injerencia», cuando se trata precisamente de lo contrario, pues lo condenable entre la Comisión de Defensa y los altos mandos sería la incomunicación o el alejamiento. Pero no nos equivocquemos, porque las críticas no han nacido de tal contacto, evidentemente preciso y beneficioso, sino del hecho de que el presidente de la Comisión de Defensa sea el socialista señor Múgica Herzog. «Escándalo», han venido a decir algunos, como si aún viviésemos en un tiempo en el cual los partidos socialistas fuesen antimilitares, como en los lejanos años de Jaurés o de Pablo Iglesias. Entonces existía un posible antimilitarismo por las condiciones subjetivas de los PS con relación a los ejércitos. Pero fueron los socialistas quienes crearon la poderosa y bien unida Reichwehr posterior a la paz de Versalles —el primer gran «ejército de bolsillo» de nuestro tiempo—, y socialistas quienes desde París y Londres hasta Moscú organizaron después la Defensa. Hoy, y sin paradoja, los países mejor armados del mundo, y donde más se respeta a los ejércitos, son los socialistas, lo mismo en el mundo africano y asiático que en los países situados acá o allá del llamado «telón de acero». En todas partes el socialismo se ha penetrado con los ejércitos, y no hace falta invocar el ejemplo extremado de Suecia, que gobernada treinta años por socialistas, dispone de uno de los mejores ejércitos europeos.

DE ahí que el contacto Múgica-comisión con los altos mandos militares sea un hecho del cual podemos congratularnos, porque estamos en una época de crisis de identidad de los ejércitos modernos consigo mismos, y es preciso que el reforzamiento de sus razones y de su imprescindibilidad les ratifique desde fuera. Escribía Michel Debré no hace mucho tiempo que «hoy los mandos quieren despojarse de la acusación de ser "el ejército de la burguesía", al servicio de una sociedad de consumo a la cual apenas tienen acceso, porque las diferencias de remuneración entre militares y civiles es grande en casi todos los países del Oeste, y siempre en perjuicio de los primeros. En cuanto a los recursos, a los cuales se ha referido insistentemente Múgica Herzog, en España estamos muy por debajo del promedio de los países occidentales, aunque algo se haya progresado últimamente. Vamos a tener en 1978 algo así como 125.000 millones para la defensa —menos del 10 por 100 del presupuesto nacional—, cuando en 1975 se dispuso de 99.000 millones ante un total nacional de 656.000, y en 1901 de 206 ante 959. ¿No tiene razón Múgica cuando sostiene que es preciso dedicar mayor atención material y moral al Ejército? Porque resulta que en 1901 éste tenía el 21 por 100 de los recursos, en 1975 el 15,2, y en 1978 un modesto 12,9 por 100. Fue triste herencia del próximo pasado, que al lado de muchas entregas solemnes de banderas y toques de clarín fuese notoria la profunda austeridad de los mandos y la vetustez extremada del material de guerra. Podrían contarse estre-mecedoras anécdotas —no del lejano pasado, sino del próximo—, sobre la miseria en que se dejó a los Ejércitos, al tiempo que se cantaban sus virtudes y sus métodos. Al parecer, cuantas mayores eran las virtudes menores eran los recursos, las pagas y el armamento.

DE ahí la conveniencia de que algunos problemas de la estructura militar sean examinados y revisados desde fuera, ya que, por silencio y disciplina, son difíciles de mejorar y de criticar desde dentro, aunque no hayan

faltado voces desde el CESEDEN para combatir la pasada y tristísima miseria. ¿Estamos seguros de que todo eso se ha revisado y mejorado actualmente? Se habrá hecho cuanto se ha podido, pero aún falta —como ha dicho Múgica— «establecer un maridaje entre las Fuerzas Armadas y el pueblo», ya que se equivocarían quienes creyesen que las virtudes patrióticas han de ser un privilegio o monopolio de cierta demagógica derecha. Por el contrario, el patriotismo, tal y como hoy se entiende —e incluso la idea de Patria, antaño inexistente—, nace con la revolución francesa y cristaliza en Valmy, y no son reaccionarios nuestros grandes generales del siglo XIX, desde un Narváez, que decía «voy a ser más liberal que Riego», hasta mandos tan progresistas y liberales como Serrano, O'Donnell, Espartero, Primo de Rivera, Martínez Campos e incluso Weyler. La separación o alejamiento entre el Ejército y la izquierda sólo se produce después de 1898, cuando se culpa a las Fuerzas Armadas del gran desastre incubado desde la desidia de los viejos partidos y del Parlamento. De siempre se sabe que cuanto en defensa se ahorra en la paz, se gasta después en el precio de las derrotas y de las vergüenzas.

POR eso hoy se impone —se está imponiendo ya— una revisión profunda y creadora de la sociedad militar, conservando sus virtudes, pero perfeccionando sus medios, e incluso fomentando —¿pero no estamos en tiempos de grave paro?— una industria militar de la cual casi vergonzosamente carecemos. Aquí apenas hay generales integristas, sino profesionales de la milicia, acuciados por la angustia de sus medios. «Nadie puede ser hoy ajeno al tema de la defensa de la comunidad, que en el fondo es el bienestar y la supervivencia organizados de acuerdo con los nuevos tiempos y las nuevas técnicas.» No son las palabras de un reaccionario, sino del general De Santiago, tan ilustrado como los profesionales del E. M. y en tiempos director del CESEDEN, un imprescindible centro académico castrense, donde se dan cita militares y civiles para el estudio en profundidad de la defensa. Hoy, los socialistas tienen el deber y el derecho a ser tan patriotas como otro ciudadano cualquiera, porque la atención a la defensa no implica militarismo alguno, ya que el militarismo es una deformación o patología de los ejércitos. Fue Goguenard, un ministro francés de Defensa, quien dijo que «la degradación del espíritu militar es continua desde 1947», porque hoy los ejércitos buscan afanosamente su propia identidad en unas sociedades donde el ideal del bienestar no llega a colmar lo más profundo de sus sentimientos. Nada está más lejos que el consumismo capitalista que el espíritu profundo y soterrado de los ejércitos.

CREEMOS que como presidente de la Comisión Nacional de Defensa, y a título privado en sus declaraciones a la Prensa, el socialista Múgica Herzog está prestando un buen servicio al porvenir de nuestra Defensa. Hay que señalar las carencias, ya que los militares no lo hacen por el pudor de su propio oficio, que les lleva a ocultar su abandono y su pobreza. Sin olvidar que «de nada valen los mejores hombres y armamentos si no se les alimenta en cantidad y calidad y en el momento oportuno», como en el pasado año sostenía en el CESEDEN —concretamente en el ALEMI— el general Gabeiras Montero. Hoy urge, como ha dicho Múgica, encontrar la identidad entre Ejército y pueblo. Lo demás son fanfarrias, brillantes sin duda, pero que nunca resolverán solas los problemas profundos, soterrados y graves de nuestra Defensa. Hoy ya no se puede acudir a las fronteras para defender al pueblo, si antes no se ha acudido al pueblo para poder hacer la defensa de esas fronteras. El socialismo ya no es, ni aquí ni en ningún país de Europa, un coco que haya de dar miedo.